

# El munícipe de Villavino

(CUENTO)



El primer teléfono que se instaló en Villavino fue en el bar del Chago, situado en la fachada del mediodía de una vieja plaza cuya hilera de arcadas parecían robustos mozos de pueblo cogidos por los hombros.

Aquella vetusta plaza había sido desplazada por la arrogante carretera general que había llevado la animación hacia aquel lugar del tránsito rodado.

El bar del Chago tenía muy poca clientela. Ir allí era tanto como estar en un claustro con barra. Damiana, su mujer, era una verdadera sacerdotisa de la cocina y apenas salía de aquel trascendente recinto la feliz pareja.

El Chago leía pausadamente el periódico y esperaba ansioso la llegada de algún cliente que justificara el que siguiese abierto su establecimiento.

Si acudía, el Chago se sentía feliz. Servía lo pedido con prosopopeya para prolongar aquellos instantes deliciosos. Después se sentaba al lado del cliente y le contaba la misma historia, la de América, pero no la de los textos, sino la suya, los años de lucha, el dinero ahorrado, el retorno, el casamiento con la Damiana y la instalación del bar.

Este año había sido el año de oro, del engorde. Había puesto once kilos, que con ochenta que ya trajo del otro lado del Atlántico, dieron un total de noventa y un kilos. No sólo creyó él que era ya un hombre de peso, sino también otros muchos convecinos y un buen día le exaltaron a munícipe de Villavino. Prometió que se acabaría la leyenda negra de suciedad que pesaba sobre Villavino, y que en las inmediatas ferias adquiriría un burro para recoger las basuras de las calles llenas de inmundicias.

Llegó el mes de Mayo y se puso en discusión el programa de festejos para la feria de aquel año. Lo primero que se hizo fue escribir al

pirotécnico de Cureña, señor López, solicitando los cohetes y fuegos artificiales de todos los años.

No sabemos si por influencia del munícipe Chago o por libre elección del Concejo en pleno, se acordó que las maravillas del señor López, se quemaran aquel año en la Plaza de la Yedra, solitario lugar donde tenía su establecimiento nuestro héroe.

Y se comisionó al Chago para que adquiriese un burro.

Llegó el ansiado día de la feria, nueve de Junio. Desde por la mañana se notó una inusitada animación en el Cabezo, cercano lugar donde se celebraba la concentración de ganados. El Chago encaminó sus pasos hacia allá, acompañado del alguacil del Ayuntamiento. Atravesó el puente y pronto se vió rodeado de gitanos.

—¡Pero si es el tío Chago! ¡Venga esa mano! ¡Y cuánto tiempo sin verle!— exclamó uno.

Y sin darle tiempo le preguntaron:

—¿Y cómo por aquí el tío Chago? ¿A vender o a comprar?

El tío Chago ya pudo explicar:

—Pues que como este año he sido nombrado Concejal por la autoridad competente, he venido a comprar un burrito que sea *apañao pa el avio* del Ayuntamiento.

—¡Bendita sea la hora que se le ocurrió pasar por aquí, tío Chago de mi alma, y qué santo de su devoción le encaminaría hasta nosotros, porque tenemos uno que como *jehcecito* de encargo *pa* ustedes las autoridades! ¡Lágrimas nos va a costar desprendernos de él!

—Nosotros queríamos uno que no fuera demasiado viejo.

—Pues *mesmamente* es lo que nosotros tenemos *aparta* *pa* usted, tío Chago, y que tiene una estampa que *pa* una *proseción*.

—Bueno, saca el burro si es que puede verse.

—Verse y a compararse *ande* haya burros en el mundo, con perdón de los presentes. Anda, Antonio, saca el «Polvorilla», que lo desamine el tío Chago.

Antonio Trajo el burro con toda rapidez. El tío Chago no tuvo tiempo de observarlo, porque el churumbel saltó sobre él al instante, lo pinchó con una lezna y «Polvorilla» salió disparado. Al poco rato ya estaban de vuelta.

El tío Chago lo miró y remiró, le abrió la boca y criticó:

—Este burro lo menos tiene diez años.

—Pero tío Chago de mi *arma*, si ha *cumplío* los cinco por San Miguel; además, ¿*pá* qué quieren ustedes un burro más joven?, ¿*pa* que caiga a alguna *dinísima* *autoridá*...? No lo *premita* Dios.

—El burro está *mu delgao*, señaló el tío Chago.



—¿Y cómo quiere que esté, si lo llevamos los gitanos? Ustedes lo tratarán como a un hijo y lo pondrán reluciente en cuatro días y será el orgullo de *tó* el Ayuntamiento de Villavino.

—Parece que no ve bien de un ojo.

—¿Que no ve bien de un ojo, tío Chago? Pero si tiene dos pupilas que parecen dos *largabestias*..

Ya por fin, hablaron del precio. Discutieron durante muchísimo tiempo. Se hacía tarde y el tío Chago pensó que había de ir a atender la clientela del bar.

Intervino un tercer gitano, que puntualizó:

—Tío Chago, ¿vas a tener confianza en mí, que te vi nacer? ¿Vale lo que yo diga? Trae *pa cá* esa mano.

Y sin darle tiempo a replicar, le unió la mano con la del gitano y con voz de rito sentenció:

—Queda el burro *pá* el tío Chago en cuatro mil reales y que *Manué* pague el alboroque *pa los* presentes.

De esta solemne manera fue como ingresó el burro «Polvorilla» en el Ayuntamiento de Villavino.

Tras recorrer cuatro o cinco puestos de bebidas, Manuelillo se encaró con el tío Chago y le espetó:

—¿A que no sabe usted lo que estoy pensando? *Pos* si a usted no le *paece* mal nos vamos a la huerta que usted tiene en «La Represa» y nos comemos allí un buen calderillo.

No satisfizo a Chago la proposición, pero se le acercó el gitano «Punales» y le acabó de convencer:

—Vamos a ver, don Chago de mi *arma*, ¿usted cree que nosotros no le queremos?, ¿usted cree que a nosotros no nos ha *costao* lágrimas el desprendernos de esa *catedra* de burro en beneficio del Ayuntamiento de Villavino? *Pos* mire usted, para probárselo le voy a decir que *pa* nosotros Villavino es como nuestra madre y usted como nuestro padre y la casa de usted una cosa *sagrá* y que un día es un día.

El tío Chago adelantó dinero para comprar lo necesario, los gitanos llevaron los utensilios y se encaminaron a la huerta de «La Represa». Antonio preparó la hornilla, *Manué* apañó la leña, Silva picó la carne, Salazar peló las patatas y los ajos, dispuso el pimiento y el perejil, los tomates y la cebolla.

Cuando comenzó a hervir el aceite, Silva fue echando los trozos de carne y a continuación los acólitos de huerta, despidiendo todo aquello un tufillo bastante penetrante y agradable.

A todo esto el vino había sufrido grave merma, pues con la charla se secaba la garganta y los abrazos a la bota eran frecuentes.

La finca del tío Chago es una antigua viña, ya perdida, que baja en bancales, monte abajo. En el centro de ella hay una cueva natural, hecha a costa de una enorme roca de granito, de cuya planta surge una limpiada y fresquísima agua, que se deposita primero en un estanque y baña la huerta después, serpenteando entre los ciruelos, los albarillos y los cerezos.

A la boca de la eueva están unos amplios y cómodos bancos de piedra y en el centro, el improvisado fogón. A la derecha hay una casita de campo, con su amplia mesa de piedra junto a la puerta y bancos en derredor.

Entretuvieron el tiempo en jugar a la rayuela. En el juego interesaron el gasto total de la comilona y perdió el tío Chago.

—¡Más se perdió en Filipinas! —filosofó uno.

—¡Que ya está esto! —avisó el cocinero.

Hicieron unos trinchantes de palo y dieron el más limpio y aguzado al tío Chago.

Partieron el pan y se colocaron alrededor del caldero. Todos picaban a la vez y el succulento y sabroso guisado fue pronto liquidado.

Como ya casi había anochecido, tomaron el camino de Villavino y cantaron con acompañamiento de palmas:

Mira si tengo talento,  
mira si tengo talento,  
que he vendido un pollino  
al mismo Ayuntamiento.

Acompañaron al tío Chago hasta la puerta de su misma casa, aceptaron en el bar «la espuela» y se despidieron muy cariñosos.

—¡Olé por los concejales con salero!

—El Ministerio de Hacienda es poco *pa* sus saberes, tío Chago! Así se *diquela*. ¡Viva *er paladá*!

A la hora de los fuegos artificiales un torrente de gente invadió aquel, en otros tiempos, apacible lugar del bar de la Plaza de la Yedra. El, Chago, no podía atender a todos. Tuvo la señora que dejar la cocina. Eso sí, al final de la jornada los ingresos fueron mayúsculos. Habían hecho en una sola noche tanta recaudación como en el resto del año.

A la mañana siguiente, el alguacil, el señor Patricio, se presentó en el bar para notificarle que el jumento comprado a los gitanos había sido hallado cadáver. El Chago quedó anonadado. Preguntó por la tribu de gitanos, pero nadie supo dar razón de ellos. El Chago se ence-



rró en su habitación y no quiso hablar con nadie en cuatro días. Al quinto volvió tras el mostrador del bar. Sonó el timbre del teléfono. Tomó el auricular y una voz en falsete vertió en sus oídos esta insinuante cancioncilla:

Era un buen pollino  
era un buen jumento,  
era el menos burro  
del Ayuntamiento

El Chago quedó pálido, cayó sobre una silla y no pudo dar explicaciones. Su mujer le llevó a la cama, le hizo tomar una taza de tila y le arropó bien, pues estaba tiritando. El Chago pasó la noche desasosegado, pero al día siguiente estuvo en su puesto. A la misma hora volvió a sonar el timbre del teléfono y se oyó la cancioncilla. Tuvo que decirle todo a su mujer.

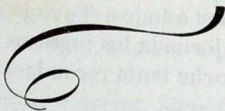
El misterioso comunicante seguía implacable, noche tras noche. El domingo que debía ser el día que tenía más tiempo, llamaba cinco o seis veces.

El Chago tenía por las noches sueños, en los cuales, veía muchos teléfonos y una cola enorme de gente pugnando por hablar en ellos.

Cuando el matrimonio se ponía a comer, entre la cortina de fideos, se dirigían tristes miradas. El Chago ya no podía estar tras el mostrador porque los números de teléfono le parecían ojos que taladraban su nuca. Ya no pudo más. Un día mandó quitar del bar el teléfono y al otro, dimitió de su cargo de municipe de Villavino.

El Chago ha vuelto a reponer buenos kilos, tomando el sol en la fachada de su casa, mediodía de la Plaza de la Yedra.

**Arsenio MUÑOZ DE LA PEÑA**



## La boda



La luna viene vestida  
con traje raso de novia  
y las estrellas que brillan  
la ponen blanca mantilla  
con broches de caracola.

Por los jardines de Nilia  
se extienden ricas alfombras,  
por donde pasa Adalina  
con la trenza recogida  
enlazada con magnolias.

Su cara de rosa linda  
el Sol mimoso la toca;  
enrojece sus mejillas,  
las perjuma con semillas  
y ardiente besa su boca.

Boca de labios de guinda  
que al besarlos congestionan.  
boca graciosa que invita  
a beber en copia limpia  
néctar de amor con aromas.